

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Itzel Bruno

“El lugar que ocupo en el Mundo”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 66, octubre-diciembre de 2023, pp. 73-74.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

El lugar que ocupo en el mundo

Itzel Bruno



Sofía Kovalévskaya, *Memorias de juventud*, trad. Annette Chereck, Arturo Parada y Cinthia Lerma Hernández, pról. Ligia Quintana Torres, Xalapa, uv, 2022, 165 pp.

El teorema Cauchy-Kovalévskaya revolucionó el análisis matemático moderno. Su proposición tuvo alcances en el estudio de las variables de los fenómenos analizados a través del espacio y el tiempo, aquellos que implican la resolución de ecuaciones diferenciales con condiciones iniciales –los que estudian los cambios de temperatura durante un periodo y en una región, por ejemplo–, influyendo posteriormente de una manera decisiva en los campos de la física y la mecánica. Propuesto originalmente por el matemático francés Augustin-Louis Cauchy en 1842, sería complementado por la rusa Sofía Vasilievna Kovalévskaya 30 años más tarde; un logro entre muchos que le valió ser la primera mujer en recibir el título de doctora en una universidad europea.

Kovalévskaya fue una gigante de las matemáticas, pero albergó al mismo tiempo el interés por la escritura, dejándonos algunas piezas teatrales, una novela póstuma

y sus *Memorias de juventud* como legado, escritas estas últimas con un estilo particularmente pasional, como un consecuente fruto de la época vivida –parte del romanticismo ruso–. En esta obra la profesión de Kovalévskaya como matemática no es el centro de sus anécdotas; de hecho, apenas si se habla sobre sus primeros intereses en las ciencias. Aquí la autora incluso ahonda en el sentido primigenio del término: inicia magistralmente relatando cómo trata de evocar recuerdos anteriores a sus escasos dos o tres años sin conseguirlo, y a partir de ahí da cuenta de su joven vida, “de lo que [es] en realidad, del lugar que ocup[a] en el mundo”: “¡Cuánto me gustaría saber si hay alguien capaz de determinar ese momento de la existencia en que se origina una idea definida del propio yo, el primer recuerdo vago de la vida consciente! Yo no soy capaz” (21).

A pesar de esta declaración de su propio proceso cognitivo, decidimos creerle y nos resulta suficiente para sumergirnos en lo que a continuación serán 10 capítulos que bien nos remontan a una novela del siglo XIX, llena de descripciones puntuales sobre el ambiente doméstico campestre en que se desarrolló y de los sentimientos experimentados durante sus primeros 13 o 14 años en relación con su familia y conocidos, su educación y sus primeros acercamientos a la literatura: “I. La niñez”, “II. Fekluscha”, “III. Cambio de vida”, “IV. La vida en el campo”, “V. Mi tío Pedro Vasilievich”, “VI. Mi tío Fiódor Schubert”, “Mi hermana” (VII y VIII), “IX. La partida de la institutriz. Primeros intentos literarios de Anjuta” y “X. Nuestra relación con Dostoievski”.

A lo largo de estos, los lectores nos convertimos en confidentes de una mujer que, antes de ser científica, de incluso descubrir su inclinación, es humana y no duda

en abrir sus emociones cuando recuerda episodios dolorosos pero también alegres; de máxima confusión, miedo, vergüenza y culpa que llegan al llanto; inclusive de odio, celos y envidia, alternándose hacia sus padres y hermanos, sus tíos, su Njanja (la nana), las institutrices con quienes se educó, la costurera María Vasilievna y hacia ella misma. Emociones inherentes tanto a mujeres como a hombres que no por ello menoscaban el relato de vida de una científica.

Leer a Kovalévskaya nos hace ser conscientes de cuán frágil es la infancia y de la soledad que muy a menudo enfrentan los pequeños, inclusive para quienes crecen en ambientes privilegiados. En varias ocasiones hace énfasis en el sentimiento de desolación ante el poco afecto que, en sus palabras, recibía. Como es común en el ser humano, hubo de refugiarse en sus intereses más tempranos: en su caso fueron los literarios, a pesar de que recurrir a la propia biblioteca en casa le fuera prohibido. Desafiando la autoridad de sus rígidas institutrices, la pequeña Sonja acudió a la poesía para sobrellevar tanto las aburridas lecciones de sus educadoras como el distanciamiento físico y emocional de su familia. Leía y releía versos hasta memorizarlos, llegando a componer los suyos mentalmente por temor a que la evidencia material fuera descubierta.

Con el tiempo, el diálogo intelectual lo intercambiaría con otras figuras influyentes en su vida, como sus tíos Pedro Vasilievich y Fiódor Schubert, inclinados fuertemente hacia las ciencias, ya fuera por libros y revistas o por su instrucción en la universidad. Estas charlas marcaron a la pequeña Kovalévskaya, quien se sentía “tratada como una persona mayor y hacía un esfuerzo supremo por entenderle[s]”. Con ello, sin darse cuenta, se sembraban las ansias



Pedro Jesús Orea Reyes: *Recolección*

por el conocimiento que se confortaban con el estudio, primero amateur y luego especializado, que le sería negado, como a todas las mujeres en ese tiempo dentro de la esfera académica.

Sabemos que solo aquellas pertenecientes a familias aristócratas podían estudiar; sin embargo, la instrucción se limitaba a la música –Kovalévskaya practicaba diariamente el piano–, los idiomas y las llamadas buenas maneras, que incluían la preparación para encontrar marido y ser mujeres de sociedad. Pero la autora, tan aislada de la urbe como estaba, no se enfrentaría al mundo hasta los 18 años, cuando su determinación por ir a la universidad estaría afianzada, teniendo que conformarse mientras con ser autodidacta y con explorar su mundo interior femenino junto a otra figura clave en su vida, Anjuta, su hermana mayor –conocida más tarde como la escritora e intelectual Anna Jaclard.

El último capítulo, dedicado al trato con Dostoievski, es particularmente interesante porque vemos a una Sofía en transición

de ser mujer, una que se descubre enamorada, pero no de una persona cualquiera sino de un escritor que le triplica la edad, conmovedor pero irritable, lacónico pero pasional... y con quien solo aspiraría a estrechar lazos de amistad.

Estas memorias no solo se aprecian como un documento para conocer la vida de la autora, sino que también tienen un valor literario particular: entramadas de tal manera que nos recuerdan una *Bildungsroman*, la manera de terminar ciertos relatos es inesperada, como los dedicados a Flekuschka y Dostoievski. Además, hoy es imposible abordar esta obra sin una lectura feminista, pues podríamos considerarnos miopes si no reflexionamos sobre todo el difícil y obstaculizado contexto que las mujeres tuvieron que atravesar para recibir educación superior digna sin ser menospreciadas.

Ligia Quintana, prologuista, nos hace reflexionar acerca de la supuesta objetividad en las ciencias y el papel del género: “es inevitable cuestionarse si la ciencia, con su innegable rigurosidad, puede mirarse y plantearse desde pers-

pectivas diferentes dependiendo de si la descubren, inventan o conciben los hombres o las mujeres”. El rescate de títulos como este nos recuerda las luchas de quienes nos preceden. Sofía, Sonja o Sonjitschka, como fue llamada, de nacimiento Vasilievna Korvin-Krukovskaya, tuvo que convertirse en Kovalévskaya (variación femenina del apellido Kovalevski de su esposo) para poder ejercer el simple derecho a viajar con el objetivo de encontrar una universidad que la aceptara.

Al final de estas páginas, escritas en 1889 a sus escasos 39 años, con inquietud descubrimos que esta y otras aventuras sobre la mujer adulta en que se convirtió no las encontramos aquí, pero nos conformamos con el hecho de que, bajo su permiso, ya habremos visitado su lugar máspreciado, el lugar donde incluso habitaron antes que en su mente las matemáticas, su corazón. **LPyH**

Itzel Bruno es egresada de la Facultad de Letras Españolas (UV). Se dedica a la actuación, la escritura y la corrección de estilo.